

TRES CUENTOS

de

JESUS C. PEREZ



INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES
SAN LUIS POTOSI

1959

Literatura

264



Desde mediados de 1958, el I. P. B. A., bajo la dirección de María del Rosario Oyarzun, inició una serie de JUEVES LITERARIOS, con el propósito de difundir el conocimiento de valores locales y extranjeros. No se buscaba una formalidad excesiva; tampoco una excesiva concurrencia. Se pretendía sólo el contacto vivo con un grupo de oyentes interesados y la oportunidad de que éstos conversaran luego con quien les había sometido la obra propia o comentado la ajena. Sencillas, despojadas del gran aparato de la conferencia, fueron desarrollándose las charlas en las que tomaron parte prosistas y poetas. Es imposible fijar en letras de molde el verdadero espíritu de tales reuniones. Nos complacemos, sin embargo, en ofrecer el núcleo que las constituyó en una serie de plaquetas, correspondiendo a esta el número 5.

TRES CUENTOS

TRES CUENTOS

de

JESUS C. PEREZ

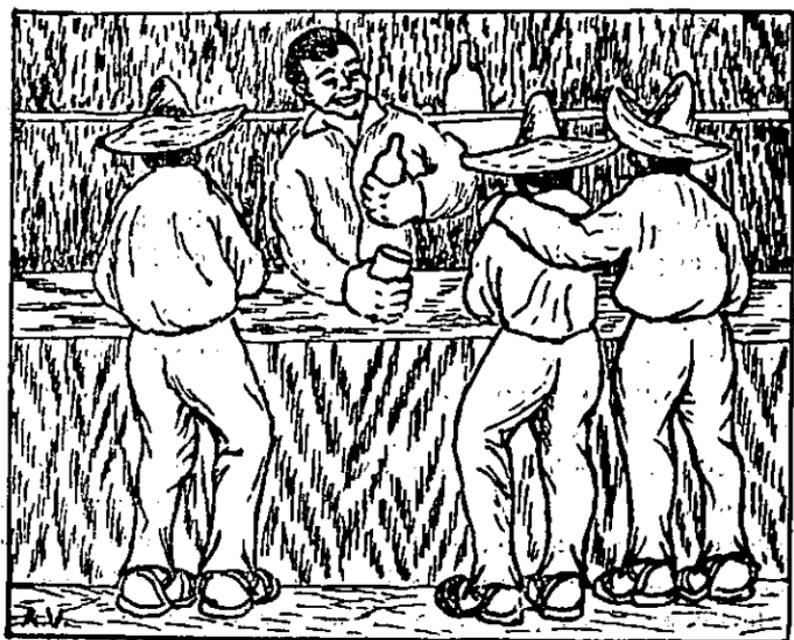


INSTITUTO POTOSINO DE BELLAS ARTES
SAN LUIS POTOSI
1 9 5 9

Viñetas de María Teresa Caballero

EL BURRO DE EXTENSION

Dibujos de
ANGÉLICA VILLARREAL



Estaba la cantina denominada "El Infierno", en la calle del Arenal, hoy de Morelos, a dos cuádras del entonces mercado de La Merced, hoy Tangamanga, y el cantinero y propietario era un tal Casimiro Morales, hoy difunto; y tal vez para que hiciera juego con el nombre de la cantina de su propiedad, lo llamaban Satanás, nombre éste que no le quedaba del todo mal, no sólo por el establecimiento que poseía y regenteaba, sino también por su aspecto y sus acciones, pues era Satanás un tipo atravesado y poco cristiano que aprovechaba toda ocasión para hacer el mal, en lo que encontraba regocijo y contentamiento, siendo él alto de cuerpo, enjuto de la fachada, la barbilla picuda, afiladas las orejas, cejijunto y de ojos oblicuos con un brillo siniestro, que le daban un aspecto positivamente diabólico.

Era "El Infierno" de Satanás, por aquel entonces, el

centro de vicio que más que hacer daba a las autoridades policíacas. Rateros, asesinos y malvivientes, tenían ahí su centro de operaciones, y los afectos a las drogas heroicas y los que tenían de esas otras drogas comunes y corrientes, veían esa cantina como su cuartel general, guarida y mercado, instituciones éstas que presidía, regenteaba y dirigía el temido y temible Satanás, soberano de aquel antro.

Fue ahí donde se desarrollaron los muy verídicos sucesos que paso a relatar en seguida, tal como me los contaron, porque aquí no invento nada ni meto mano, entre otras razones porque no hace falta, ya que tengo el concepto de que la imaginación, por viva que sea, nunca supera a la realidad, y si se caza entre líneas algún error geográfico, histórico o cronológico, pudiera ser cosa de olvido, pero nunca de mala fe, porque es flaca la memoria del hombre y de tal manera rápida y fugaz la sucesión de los acontecimientos, que se enredan en el magín del cristiano.

Mi tío Bartolo, originario, como toda la familia, de Soledad de los Ranchos, ahora Soledad Diez Gutiérrez, y avecindado por el Cuartel del Cobre, andaba por aquel entonces, para ser exactos, el día 13 de diciembre de 1908, por aquello de sus veinticinco, edad ésa en la que todas las pasiones habitan el cuerpo del hombre y lo zarandean a su antojo, en perjuicio de la moral y de las buenas costumbres y con la consiguiente desesperación y tristeza del Angel de la Guarda, que en su penosa misión está obligado a presenciar escenas nada edificantes y hasta en lugares tan indignos y viles como el infierno de nuestro relato. Arrastrado por esas pasiones, juntábase con gente nada recomendable, que si no estaba fichada en la Secreta, era porque la tal Secreta no se inventaba todavía. Dos eran sus cuatiches más íntimos: Lucio y Otilio, con lo que se dio la coincidencia de que el trío festejara su onomástico preci-

samente ese día, siendo esa la razón de que mi tío Bartolo, Bartolón de sobrenombre, iniciara la histórica juerga con su inseparable par de sinvergüenzas amigos.

Ya la traían desde por aquello de las 11:00 A.M., hoy las 11:00 Hs., y eran como las 11:00 P.M., hoy las 23:00 Hs., tiempo en el que inicio el relato de los hechos, para no aparecer prolijo metiéndome con lo sucedido durante las doce horas anteriores. Satanás atendía en aquellos momentos a los borrachines con toda su diabólica actividad y endemoniada malicia. Otilio decía:

—¡Ay, mano, qué suave es el vino! A la verdá 'e Dios que me siento chicho.

(Aunque este "chicho" pudiera parecer "gacho" al relatar un diálogo de principios de siglo, no puedo menos que insertarlo, porque así me lo relataron, lamentando solamente que ni el chicho ni el gacho aparezcan todavía en los diccionarios con sus verdaderos significados, lo que revela la mucha pereza y poca diligencia de los señores académicos, que no incorporan al lenguaje voces tan sugestivas.)

Lucio, después de eructar o regoldar y escupir una escupidota, contestó a Otilio:

—'tas muy bruto, mano, a la verdá 'e Dios...

Entonaron a tres voces y con un sonido precursor del que habría de inventar más tarde el maestro don Julián Carrillo, la hoy casi olvidada canción de "El Abandonado":

—... "me abandonastes, mujer, porque soy muy probe..."

De pronto, mi tío Bartolo, interrumpiendo el canto, si es que así se puede llamar a semejantes berridos, dando un puñetazo sobre el mostrador, ordenó con imperio:

—Trai veneno, Satanás...

(Así llamaba mi tío al mezcal de aquellos tiempos, y así lo sigue llamando en nuestros días un poeta amigo mío, muy estimable y estimado, que deambula por las cantinas de hoy, más malas y más caras que el infierno de mi relato.)

Satanás, como por arte de magia, sirvió tres "quemones" que eran, cada uno de ellos, algo así como media chapparra de nuestros días y que justificaban su nombre abrazando y levantando ámpula en las entrañas del cristiano, desde que entraban por la boca, de tal modo que podía seguirse su tránsito por los entresijos, hasta su salida por los naturales conductos, pero a veces devolviéndose con estrépito por donde habían entrado, repelidos defensivamente por el estómago, el hígado, los riñones, las tripas, el bofe y demás similares y conexos que llevamos en la panza, porque los "quemones", de gloriosa memoria, eran de un mezcal que ya no se usa, delante del cual hubiera parecido agua bendita el "pela orejas" de nuestros días. Tras de servir los "quemones", Satanás, sonriendo con malicia, dijo al trío:

—Por ser hoy el día de su santo, muchachos, estos "quemones" y los que siguen van por la casa, ¿eh? Luego impuso silencio y dijo al resto de los borrachines:

—¡Ea, todos! Feliciten a estos Bartolos por ser el día de su santo y beban a su salud... y a cuenta de la casa. Y cuídense, —agregó— porque este día, ya lo saben, es la fecha del año en que el demonio anda suelto...

Todos los borrachitos aplaudieron, manotearon y gesticularon, mientras Satanás, muy satisfecho, reía con el gesto, con el ademán, con los ojos, con la garganta, una risita maliciosa y ronca: "jo... jo... jo..." Y un "salú" y una

ringla de carcajadas festejaban su discurso. Alguien de los borrachos preludió las primeras notas de "Las Mañanitas" y por no menos de diez minutos aquel coro infernal atormentó al vecindario.

—Vamos con las pintadas—, dijo alguien de pronto con mucho entusiasmo.

—Vamos—, aprobaron todos.

—¡A la Chueca...! ¡la la Chueca...! ¡la la Chueca...!

(La Chueca, como es bien sabido, es el sobrenombre de la Calle de Otaheguí, en aquel tiempo de El Hinojo, y no se sabe la razón del sobrenombre, porque en este bendito San Luis, por su trazo y por su uso, todas las calles son chuecas.)

Salieron riendo, gritando, bromeando; a la cabeza mi tío y sus amigos. Satanás, a la rétaguardia, reía...

Al traspasar el umbral de aquel antro, un vientecillo helado les hirió el pellejo, pero llevaban en la panza demasiados "quemones" para enfriarse por tan poco. La calle estaba oscura, la noche era callada; las risas y bromas de los borrachines se diluían en un fondo sin eco. En el arroyo, un burro, negro él, raído él, filosófico él, parecía meditar.

A mi tío Bartolo le pareció chistoso aquel burro, y dirigiéndose a sus cuataches, les dijo:

—Por "ai" los busca un pariente, camaradas.

Rió con ganas. Rieron todos. Otilio dijo a Lucio:

—Es tu tío.

Y Lucio, por no ser menos, dijo a Otilio:

—Es tu hermano gemelo. ¡Ja... ja... ja...!

La alegría era general: el barullo crecía. El burro, de momento robó cámara y centró miradas y puyas, muy a pesar de que ni caso hacía, porque, inmóvil en la obscuridad, ni parpadeaba, y esbozábbase apenas su pelaje negro en lo negro de la noche.

Mi tío Bartolo, de pronto, gritó con júbilo, y dando un brinco morrocotudo, le montó al burro, diciéndole:

—Me voy contigo, pariente.

Y dirigiéndose a Lucio y Otilio, agregó:

—¿Vamos?

—Vamos—, contestaron los otros, riendo.

Para su estado, realizaron la imponderable hazaña de subir al burro, uno tras otro, en medio de un chaparrón de risas y de bromas, y ya subidos, vieron con regocijo que sobraba burro.

—¡Ja... ja... ja...! Hay lugar para dos, —dijo Otilio—, que era el tercero en el burro, contando del pescuezo hacia la cola.

En aquel tiempo, como se sabe, no había camiones, de modo que la frase pronunciada por Otilio confirmaba las palabras del Ecclesiastés, o, lo que es lo mismo, del Predicador, hijo de David, Rey de Jerusalén, que dijo sobre poco más o menos:

—“¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará: y no hay nada nuevo debajo del sol”.

Ahora, continuando con el relato, vemos a Satanás que se regocijaba viéndolos y que aprobó:

—Sí caben...

Cupieron aquellos dos y sobró burro. Nuevas risas. Aquello era positivamente cómico, así que subió otro y había burro todavía. Otro más, otro... otro... otro...

Pero ya para aquellas alturas, las risas decrecieron y entraron las reflexiones, pero Satanás se dio una prisa endiablada y trepó borrachines hasta dejar el suelo limpio. Entonces rió, y su risa ronca, gutural, cascada, de bóveda, estremeció el silencio y acicateó al burro que, primero a cámara lenta, luego con movido trote y finalmente, con un galope desenfrenado, inició una carrera infernal por las sinuosas e intransitables calles de aquellos tiempos, que no estaban peores que las de nuestros días.

Como iban con rumbo al norte, llegaron hasta la calle de los Tumultos, más tarde del Apartado, luego de la República y ahora de Francisco I. Madero y por ese lado de Manuel José Othón. Pasaron como bólido a un costado del templo del Carmen... zigzaguearon aquí y allá... atravesaron la Chueca y por ahí vieron pasar, con rapidez increíble y como en una pantalla panorámica de un moderno cinematógrafo, muchas caras de muchachas conocidas que los saludaban unas y los insultaban las más, todas borrachas. El galope seguía veloz y demoníaco.

Por fortuna, mi tío, en medio del susto que el amable lector podrá imaginar, se acordó del *Magnificat*, más conocido por la Magnífica, una oración que como todo el mundo sabe o por lo menos debe saber, sirve para ahuyentar al demonio, y resulta que invocando al santo de su predilección, pudo rezar.

—“Glorifique mi alma al Señor...”

Y no supo más. Ninguno de los borrachines supo más. Todos fueron recogidos por el camino de Soledad, al filo de la madrugada. Por las señas que me dieron, a la altura

de la Casa Redonda, hoy Talleres Diesel. Estaban arañados, maltrechos, y con una herradura muy bien dibujada en el trasero.

Esto lo contaba mi abuelita paterna, muy conocida en el barrio por Mamá Lolita, aun por aquellos que no tenían con ella ningún parentesco, y como era una insuperable narradora, lo hacía con mucha gracia y dando toda clase de detalles, dejándonos a todos con la boca abierta, muchas veces con la presencia y venia de mi propio tío Bartolo, que a raíz de aquel suceso había modificado radicalmente su vida y sus costumbres. Lo que no me explico es por qué mi tío Fray Antonio, hermano de mi tío Bartolo, tan serio, tan grave y tan estirado como era, reía tanto y con tantas ganas, siempre que Mamá Lolita terminaba el relato con aquello de la herradura pintada en el trasero de mi pobre tío.



LA BRUJA DE CAPULINES

Dibujos de
RICARDO RAMÍREZ



Desde los primeros tiempos de conocerse, don Pánfilo Castillo y don Filemón Martínez se hicieron muy buenos amigos, y el cultivo de su amistad se extendió hasta los negocios, pues se asociaron en sus humildes empresas de comercio y de transporte a lomo de bestia, a través de los pequeños poblados del valle, y alargaban en ocasiones su iti-

nerario hasta Rioverde, de donde traían piloncillo, caña y naranja, de mucha demanda en San Luis; pero en los tiempos en que esta mercancía escaseaba y veían mermarse sus ahorros, amarrados con cuatro nudos en un paliacate y que en estos tiempos se llamarían "fondo de previsión" o cosa por el estilo, trabajaban incluso al jornal, porque eran gente formal y de trabajo, muy celosos en el cumplimiento de sus obligaciones y amantes y cariñosos padres de familia.

Don Pánfilo no era de San Luis, sino de Carbonera,

que ahora se llama Villa Juárez, en donde abundan los Castillos, los Almanzas, los Izaguirres y los Ruices, todos ellos muy decentes y muy finas personas, pero se pasaba largas temporadas con don Filemón, quien arrendaba un par de cuartuchos en el Mesón de Santa Clara, recientemente desaparecido, y en uno de esos cuartuchos, la mujer de don Filemón, doña Chona, expendía mercancía de toda índole, como carbón y quesos, pollos y leña, aguamiel y carbonato, tunas y "blanquillos", de todo cuanto entraba y salía de aquel mesón, que valía en aquellos tiempos para la ciudad, algo más que lo que hoy vale la estación de los Ferrocarriles Nacionales, que fueron de México y que ahora son de los señores ferrocarrileros. También don Filemón solía ir a Carbonera a la casa de don Pánfilo, de tal manera que las comadres no se separaban nunca ni los compadres tampoco, porque siempre andaban trabajando juntos, a medias de utilidades y de trabajos, más de los últimos que de las primeras.

Desde el principio de su amistad, diez años hacía, se habían hecho compadres por partida doble, porque doña Chona y don Filemón bautizaron a Chonita, hija de don Pánfilo y doña Lupe, y a su vez don Pánfilo y doña Lupe llevaron a la pila del bautismo a Lupita, hija de don Filemón y de doña Chona, siendo aquello todo lo que habían dado de sí los matrimonios y formando, en consecuencia, dos familias de tres miembros cada una; pero dado que casi no se separaban, puede decirse que constituían una sola familia de seis miembros: cuatro adultos y dos chiquillas muy monas, tan queridas de unos como de otros compadres.

La aventura de estos buenos señores, que me propongo relatar, debió de haber sucedido a mediados de octubre de 1904 o 1905, porque tanto las señoras como las niñas andaban de comulgantes por aquellos días, con el propósito

de seguir comulgando hasta completar nueve primeros viernes de mes, consecutivos, lo que de acuerdo con la gran promesa del Sagrado Corazón a Santa Margarita María de Alacoque, da la seguridad a todo fiel cristiano de que no morirá en desgracia del Señor, y la celebración de esta santa es, si mal no recuerdo, el diecisiete de ese mes de octubre.

También fijó en los años citados el suceso, porque oí decir que había habido gran escasez de caña y de fruta en general por la región de Rioverde, y tengo entendido que fue entonces cuando se produjeron unas heladas muy fuertes que acabaron con todos los cultivos, habiendo sido esa la razón por la cual don Pánfilo y don Filemón habían suspendido su comercio con esa región y andaban en San Luis ocupados en el acarreo de adobe, de piedra, de arena o cualesquiera otros materiales de construcción; pero como también ese trabajo escaseaba, a veces por la competencia, en ocasiones por la falta de demanda, pues en aquellos tiempos las casas duraban eternidades, se dedicaban a ranchar, y en esa ocasión salieron hacia el Desierto, con el doble propósito de visitar a la santísima virgen de Guadalupe que ahí se venera y para pasar por el Charquillo, Capulines, La Santa Cruz, Buenavista, Guadalupe Victoria, etc., etc., pues esa parte desierta de San Luis Potosí está tan poblada como los demás desiertos de la tierra y da trabajo a un cristiano hacer por ahí "la chi" sin que alguien lo vea, y en todos esos ranchitos había por aquellos tiempos mucho queso, mucho pulque, muchos pollos y muchos "blanquillos", lo que ahora ya no se consigue ni por un milagro de la santísima Virgen, que nos ha olvidado a causa de nuestros muchos y muy grandes pecados. También se producía, me parece que en El Cerrito, una tierra que servía y sigue sirviendo para limpiar los cubietos.

Y camina que caminarás, he ahí que don Pánfilo y don

Filemón llegaron al Desierto, por el mismo camino que años después, en 1940, para ser exactos: "...para mayor gloria de Dios y la Santísima Virgen de Guadalupe, los fieles de la Parroquia de San Miguel Mexquic, a las órdenes de sus respectivas comisiones y dirigidos por el Sr. Cura D. Susano Esparragosa, llevaron a feliz término los trabajos del camino. Marzo de 1940. Recuerdo para el Sr. Cura D. Susano Esparragosa por los de Paisano, Jaral y Rancho de la Cruz". Y conste que para mayor gloria mía copio todo esto, y así no se me tendrá por mentiroso, de una grabación en piedra, al lado oriente de la misma iglesia del Desierto, en un monumento en el que hay una cruz, también de piedra, que cualquiera que vaya puede ver.

Llegar nuestros héroes frente a la Santísima Virgen y postrarse de hinojos fue todo uno, y ahí, a sus sacratísimas plantas, rezaron devotísimamente credos y salves, padre-nuestros y avemarías, acompañados de sus buenos golpes de pecho, y tanto y tanto se enfrascaron en el rezo que se les pasó más tiempo del calculado, y al dar término a sus oraciones dejaron unas cuantas monedas cada uno y salieron de la santa iglesia, dándose cuenta entonces de que el tiempo había cambiado y amenazaba lluvia; pero fiados en la protección de la sacratísima imagen que acababan de visitar, apretaron los aparejos de sus animales y enfilaron hacia San Luis, con la intención de proseguir su programa y pasar, en primer término, por el Rancho de Guadalupe, para trocar sus mercancías por las de los rancheros. Fue así como atravesaron el arroyo que baja del Cerro de Guadalupe, llamado del Desierto, y al intentar subir para el rancho se inició el aguacero y fue tal la cerrazón del chubasco que, enceguecidos, en lugar de subir hacia el norte se fueron de frente, siguiendo la margen del arroyo que no vieron, hasta llegar al punto denominado Las Adjuntas, que es precisa-

mente donde se juntan los dos arroyos: el del Desierto y el que baja del Cerro Grande; pero venían éstos tan crecidos y coléricos, que hasta bufaban y hacían olas de altos penachos sobre los que bailaban árboles y animales, arrastrados por la furia de las aguas. Don Pánfilo y don Filemón no tuvieron más remedio que acampar ahí, sin siquiera la protección de un mal chaparro, porque por ese lado la loma estaba, como está hoy, totalmente calva y pedreguda, así que se hicieron bolita con los animales y esperaron pacientemente a que el arroyo bajara. Respecto a la tempestad, amainó pronto, pero continuaba en la sierra, por cuyo motivo seguían los escurrimientos y el arroyo no cedía, de modo que los dos buenos hombres, advirtiendo que la espera iba para largo, dieron su pienso a las bestias, cenaron ellos sus gordas frías y se acomodaron entre unas piedras, ya que no habían descargado los animales.

En esto don Filemón, que era un tanto cuanto incrédulo, aunque no lo exteriorizaba nunca y entraba en competencia con cualquier creyente en aquello de observar los ceremoniales del culto, se aventuró a decir a don Pánfilo:

—Este aguacero, don Pan, de no ser cosa de Dios, parece cosa del Diablo.

Hago aquí la advertencia de que don Pánfilo y don Filemón no se hablaban de compadres sino por sus medios nombres, no se sabe si por cariño o por ahorrarse saliva.

Teniéndolo por costumbre, don Pánfilo, antes de responder, meditó mucho la respuesta y pasado algún tiempo contestó a don Filemón:

—Pue' que así sea, don File.

Adviértase que el don no se lo bajaban nunca, aun-

que con el carácter de título honorífico no lo tenían por ninguna parte; pero es así como nos tratamos todos nosotros, los de extracción humilde.

Al emitir don Pánfilo su muy meditada respuesta, siguió pensando en la incredulidad de su compadre y amigo. Decididamente don Filemón era un incrédulo, pero ya llegaría la ocasión de que aprendiera algo. Él tenía razones muy bien fundadas para creer en hechicerías y aparecidos, como que cerca de su pueblo natal, en Santo Domingo, había un nidal de brujas y nahuales y él sabía sus cositas...

Pensaba en esto cuando allá en el sur, por el rumbo de la loma de Buenavista, detrás de la cual queda la Presa de San José, se vio una bola de lumbre que subía y bajaba acompasadamente, siempre hacia el norte, como si quisiera pasar por Capulines o simplemente atravesarlo. Sonrió don Pánfilo y dijo a don Filemón:

—¿Ya vio pa'llá, don File?

Don Filemón, que al contrario de don Pánfilo, no meditaba nunca sus respuestas, se apresuró a responder:

—Sí, don Pan.

Y agregó con un poquito de sorna:

—Es una bruja, ¿eh?

Hablaba así porque don Pánfilo contaba con mucha frecuencia cuentos de brujas y hechicerías, tratando de hacerlos pasar por verdades, más o menos como este servidor de sus mercedes. Don Pánfilo, como siempre, meditó mucho la respuesta, y una vez meditada, todavía carraspeó, primero, luego escupió y dijo muy pausado, recalcando las sílabas:

—Sí, don File.

Y como en un gruñido de don Filemón adivinara don Pánfilo un gesto de incredulidad, preguntó, siempre pausadamente:

—¿Quere verla, don File?

Don Filemón no pudo contenerse y rió francamente, contestando:

—¡Claro, don Pan...! ¡Y se me hace que pa' luego es tarde...!

Don Pánfilo ya no contestó. Se quitó el sombrero, poniéndolo entre sus piernas, se quitó también la faja y comenzó a hacer nudos en ella mientras rezaba credos, a razón de credo por nudo, y depositando lo anudado en el sombrero, muy cuidadosamente. Mientras tanto, la bola de lumbre seguía subiendo y bajando, avanzando siempre, cada vez más de prisa, de tal modo que don Pánfilo apresuró también sus nudos y sus rezos, y sucedió que cuando la bola de lumbre pasó de un brinco el arroyo, ya no se le volvió a ver, y como pasaba rato y nada sucedía, dijo don Filemón a don Pánfilo:

—Croque ya se ogó su bruja, don Pan.

Don Pánfilo, como siempre, tardó en contestar, y dijo lacónicamente, pero con mucha malicia:

—Pos pue' que sí, don File.

En ese lapso, las nubes, ya tranquilas, se habían hecho cachitos y la luna entraba y salía entre ellos, como jugando a las escondidas, de tal manera que las sombras que

se formaban se paseaban por el lomerío. De pronto, una sombra más definida, más precisa, que no era la de una nube, se fijó entre nuestros dos amigos, y una voz clara y bien timbrada, aunque con cierto dejo de humildad, saludó:

—Güenas noches, señores.

A don Filemón, el incrédulo, sin saber por qué, se le enchinó el pellejo, se le trabó la lengua y no pudo contestar. Don Pánfilo, en cambio, muy sereno, aunque tardo, como de costumbre, contestó:

—Muy güenas se las de Dios a su mercé.

En esto don Filemón, aunque con un poco de miedo, tuvo valor para volverse; pero entonces su temor se transformó en entusiasmo. Tenía frente a sí a una señora muy guapa, muy limpia, muy planchada, con el seno turgente y la cadera muy amplia, y al verla a la cara se encontró con unos ojos de mirada viva y penetrante que se le metió hasta lo sesos y lo turbó profundamente. Don Filemón sintió el impacto de aquella mirada con la misma intensidad de un fogonazo de juegos pirotécnicos, pero lo curioso fue que no le afectó el órgano visual, sino algo en el subconsciente.

Buscó ella, a su vez, los ojos de don Pánfilo, pero don Pánfilo veía hacia el oriente, para el lado de Capulines, quién sabe qué punto del horizonte, y permanecía en tal forma, inmóvil y silencioso.

Así transcurrió para don Filemón un tiempo inexplicablemente largo y embarazoso y al fin, no pudiendo contenerse ni sabiendo qué decir, preguntó a la mujer:

—¿Va su mercé para Capulines?

—Sólo de paso, —contestó la señora— para ver a don Crescencio Espericueta, pero tengo que seguir para Ahualulco.

Dispensando que interrumpa este diálogo tan interesante, permítaseme decir que, como en el caso de Chihuahua y los Terrazas del tiempo de don Porfirio, de Capulines se puede decir que era y es de los Espericuetas y no los Espericuetas de Capulines.

Y ahora, continuando la narración, vemos a don Filemón que se encontraba desconcertado con la respuesta de aquella mujer y que, contra su costumbre, la meditó; luego la vio otra vez a la cara y le preguntó:

—¿Y, cuándo llegará?

El rostro de la mujer dibujó entonces un rictus de impaciencia y le contestó:

—Hoy, señor, hoy; precisamente hoy y antes de las 12 de la noche porque fui hasta San Luis de la Paz; créame asté—. Luego dijo como para sí misma, con un tono de suprema angustia,

—¡Ay, si no estuviera...!

Nuevo silencio embarazoso durante el cual en la cabeza de don Filemón se enredaban más y más las ideas, mientras don Pánfilo seguía quieto y mudo, mirando al infinito, en tanto que el tiempo seguía su marcha...

De pronto, un gemido angustioso interrumpió el silen-

cio y la mujer, llorando desconsoladamente, se arrojó a los pies de don Pánfilo y le preguntó anhelante:

—¿Verdá que me soltará, señor, verdá...?

Lo miraba desesperada, buscando sus ojos, y no encontrándolos porque don Pánfilo evadía su mirada, trató humildemente de besarle los pies. A don Filemón se le hizo un nudo en la garganta, se llenó de compasión y luego vio con asombro que don Pánfilo, el bondadoso don Pánfilo, su amigo y compadre, se levantó de pronto y con cólera incontenible apostrofó a la mujer:

—¡Vieja hechicera...! ¡Vieja bruja...! ¡De aquí pa'l real no hará más maleficios...! ¡Ya verá...!

Y agregó, revelando en el acento de su voz una decisión inquebrantable:

—¡La quemaré en leña verde...!

Con mucho cuidado, y siempre eludiendo la mirada de la bruja, depositó entre unas piedras el sombrero que contenía la faja hecha nudos, mientras la mujer lloraba más triste, más desconsolada. Sus gemidos y sus lágrimas apachurraban, hasta casi reventarlo, el corazón de don Filemón, a quien se fue acercando poco a poco, y en medio de lamentos, quejas y suspiros, le pidió que intercediera por ella ante el duro corazón de don Pánfilo.

—¡Señor, por compasión, por piedá... por su hijita tan chulita... créame asté...!

Don Filemón no pudo resistirse más, decidió intervenir a favor de la bruja y se dirigió a don Pánfilo, diciéndole:

—Oiga asté, don Pan...

Pero don Pánfilo, con tono imperativo y brusco, le ordenó despóticamente:

—Asté junte leña, compadre, ayúdeme... ¡Es lo que ha de hacer...!

El compadrazgo sólo salía a relucir cuando algo contrariaba profundamente el corazón de don Pánfilo. Don Filemón lo sabía bien, así que hasta hizo el ademán de obedecer al compadre; pero traía metidos en el cerebro, muy adentro, los ojos de aquella rara mujer. Sacudió la cabeza, como si tratara de despejarla y arrojar de sí una obsesión que lo atormentaba, pero parece que no consiguió otra cosa que avivarla, ya que en lugar de obedecer a don Pánfilo se le acercó, muy despacio, pero muy decidido también, y en tono grave y melodramático le dijo:

—¡Suelte asté a esa mujer, compadre...!

También cuando don Filemón sacaba a relucir el compadrazgo, era porque la cosa iba en serio y el acento no admitía réplica. Volvióse a verlo don Pánfilo y se encontró con otro. Todo él era el mismo, pero sus ojos no; eran tal vez los del demonio porque allá, muy adentro, reverberaba una chispa maligna. Ahora retrocedió, asustado, y murmuró apenas:

—¡Por Dios, don File, por Dios...! ¡Ya lo enhechizó esa bruja maldita, don File...!

Pero don File no lo oía. Con los ojos fijos en don Pánfilo avanzó hacia él, lo tomó por los hombros, lo sacudió con furia y le ordenó con un tono más imperativo todavía:

—¡Suéltela asté, compadre...!

Y con más cólera aún, agregó:

—¡Suéltela, le digo...!

Fue entonces cuando, al decir esto último y sacudirlo con más fuerza, lo soltó, cayendo el pobre de don Pánfilo sobre las afiladas piedras, zafándose un codo y tirando, al caer, el sombrero, del que se salió la faja hecha nudos.

Se quejó don Pánfilo muy afligido y entonces don Filemón como que despertó de una pesadilla, sacudió la cabeza, se restregó los ojos y se apresuró a auxiliar a su compadre y amigo, prodigándole fraternales cuidados, mientras le decía:

—¿Qué pasó, don Pan...? ¿Se lastimó mucho, don Pan...? ¿Cómo se cayó, don Pan...?

Pero don Pánfilo le contestó en tono hosco:

—No se ocupe de mí, compadre. Ya que soltó a la bruja, ora ocúpese de su mercé...

Aquella respuesta, desagradable hasta por su tono, como que despejó más la mente de don Filemón; así que recordó todo y se volvió en busca de la mujer, pero ésta había desaparecido sin dejar el menor rastro. Muy apenado se volvió a don Pánfilo tratando de excusarse, pero lo encontró intratable, levantado ya y apretando, con muchos trabajos, el cincho de su bestia, y tan luego como lo hubo apretado la arreó para bajar la loma, enfilando con rumbo a Capulines.

Ya para entonces había bajado el arroyo o, por mejor decir, los dos arroyos, y en el vado apenas había corriente. Don Filemón, muy preocupado, también cinchó su animal y se fue en seguimiento de don Pánfilo. El cielo estaba

ya totalmente limpio de nubes y la luna y las estrellas iluminaban el paisaje con una claridad lechosa, pero ni por eso volvió a ver don Filemón a don Pánfilo. Oía, sí, de cuando en cuando, que chillaba y arriaba a su burro y hasta distinguía el golpe de las pezuñas del animal sobre las piedras del camino, pero de don Pánfilo y su burro, ni sus luces. Ya a la vista de Capulines y sobre lo alto de la loma de La Santa Cruz, vio otra vez la bola de lumbre que subía y bajaba, alejándose hacia el norte. Entonces don Filemón, el incrédulo, con más o menos devoción y por aquello de las dudas, se santiguó con el signo de la santa cruz y rezó para sus adentros un padre nuestro...

* * *

Seis meses después de los sucesos que acabo de relatar, don Filemón fue a ranchar a Ahualulco, ahora solo, pues don Pánfilo, muy disgustado con él, no había vuelto a dirigirle la palabra y se había regresado a Carbonera, donde había dejado a doña Lupe y a Chonita para irse a trabajar a una hacienda que estaba por ahí cerca y que creo que se llamaba Ojo de León, o cosa por el estilo. Las señoras, de cuando en cuando, se mandaban recados cariñosos con otros arrieros y una y otra de las ahijadas extrañaban mucho a sus padrinos. También don Filemón extrañaba mucho a don Pánfilo, pero como durante los sucesos había permanecido algo así como en un estado hipnótico, todavía no acertaba a comprenderlos y achacaba a la credulidad de su compadre la relación de los hechos, inventando él una trama muy ingeniosa para hacerlos aparecer como naturales, porque don Filemón era tan materialista como un comunista de hoy, y de haber sucedido aquello en este año de 1959, tal vez hubiera dicho que se trataba

de un *sputnik* ruso o de un platillo volador, porque la gente cree con más facilidad en la pluralidad de los mundos habitados, tan problemática, por no decir imposible, puesto que la Santa Iglesia nada dice al respecto, que en las brujas que conviven con nosotros y que de cuando en cuando nos hacen maleficios y a veces nos ayudan en nuestros conflictos afectivos. En Ahualulco, pues, don Filemón estuvo trocando su carguita de caña, naranja y cacahuate, por pollos, queso y "blanquillos", para traer a San Luis, y aunque con una ganancia sumamente reducida, por haber tropezado con mucha competencia, se disponía a volver a su casa a descansar de tantos trabajos, cuando he ahí que cuando menos se lo esperaba vio venir a una señora muy guapa, muy arrogante, muy limpia, muy planchada, de amplias caderas y busto de paloma, que venía hacia él, zarrandeadora y sonriéndole.

Don Filemón se quedó de una pieza y como en Babia, porque la reconoció luego y no sabía que hacer, si denunciarla como bruja o pedirle que mediara para recuperar la amistad de don Pánfilo. No tuvo, sin embargo, que esperar mucho para decidirse, pues la mujer, al punto de encontrarlo, lo saludó con extremado cariño y empalagosa zalamería:

—¡Oh, don File...! ¡Cuánto gusto de verlo...! ¡Créame asté...! ¿Y don Pan?

Le hablaba con mucha familiaridad, empleando los medios nombres con que se hablaban los compadres y sin borrar de su muy bonita cara una sonrisa amplia y francota. Tampoco soltaba la muletilla del "créame asté", que usaba tan a menudo; pero de pronto se puso solemne, y dijo a don Filemón:

—¡Ay, don File...! No sabe asté lo que le agradezco

su intervención con don Pan... pero la cosa ha cambiado, ¡créame asté...! Ya fui a la iglesia, me confesé y me puse bien con Dios, Estoy arrepentida; pero, ¡créame asté...! les tan interesante...! Y fijese que sólo me metí en aquello por pura curiosidá, ¡créame asté...!

Sacó del seno su pañuelo anudado, lo desató y extrajo de él dos pesos, tendiéndoselos a don Filemón, y aquí ruego al lector que le pregunte a don Nereo Rodríguez Barragán lo que eran dos pesos en aquellos benditos tiempos.

—Esto en prueba de agradecimiento, —le dijo la señora— y a la verdá 'e Dios que si estuviéramos solos le daba un beso y quién sabe si hasta más...

Diciendo esto le había tomado la mano a don Filemón, estrechándosela efusivamente, mientras lo veía con su par de ojitos vivos, risueños y prometedores, y dejando en ella los dos pesos que había sacado del pañuelo.

Don Filemón se quedó como bobo. Ni siquiera contestó como hubiera deseado, aceptando lo que se le insinuaba y siguiéndola, pero sólo pudo hacerlo con la mirada, hasta que la vio perderse por la salida del pueblo que va con rumbo a Justino. Luego se vio en la mano sus dos pesos, que eran en aquellos tiempos unos tejos de plata grandes, pesados; gordos y voluminosos, y aquellos que le había dado la señora estaban nuevecitos, como acabados de acuñar. Los anudó don Filemón en el paliacate y en lo primero que pensó fue en llevar a Lupita su regalo; pero entonces se acordó de su ahijada Chonita y decidió comprar, como lo hacía antes, dos cosas de cada una, para mandar a Carbonera a su ahijada de lo mismo que comprara a su hija. Se enterneció don Filemón con aquel recuerdo, los ojos se le humedecieron y se acercó a una tienda de por ahí...



E hizo tal como lo había pensado: dos anillos, dos collares, dos zarcillos, dos...

Pero al ir a pagar las chucherías se metió la mano a la bolsa, sacó el paliacate, lo desató y se encontró con que, en lugar de dos pesos, nuevecitos, tenía ahí un par de pasajos de burro, muy frescos, tierrecitos, acabados de zurrar,

de esos pasajos de hierba verde que hasta rezuman la clorofila y humedecen el lugar en donde caen. Fue entonces cuando don Filemón Martínez creyó por fin en las brujas y, para librarse de ellas, se hizo muy devoto de San Cipriano, un gran santo que en su vida terrenal estudió la brujería para combatirla, y que socorrió a don Filemón en sus últimos momentos, pues el hombre ya es difunto. ¡Perdónelo Dios! Amén.

UN CHISTECITO

Dibujos de
EDGARDO REGIL



Soledad de los Ranchos, ahora Soledad Diez Gutiérrez, no era en aquel entonces lo que es, y hasta el San Luis de aquellos tiempos hubiera cabido holgadamente en menos de lo que en nuestros días es apenas el primer cuadro de esta ciudad, porque ya el antiguo primer cuadro rebasó la vieja Corriente, y el poblado y la urbanización abrazaron a Morales, escalaron la Loma de los Filtros e iniciaron su ascensión más allá todavía, por el lugar llamado "El Mirador", donde mister Davis y nuestro amigo Miguel Alvarez Acosta, Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, urbanizan aquello y contribuyen con su esfuerzo y su dinero a engrandecer y a embellecer a nuestro San Luis. Soledad de los Ranchos era entonces un poblado con unas cuantas casas, y sus calles, aunque muy bien trazadas, casi estaban solas, pues había huertas que abarcaban toda una manzana, y la Calle Real, que me parece que se llama-

ba de Zamarripa y que es hoy la de Hidalgo, era más chica, habiendo entrado por ella los tranvías eléctricos por el año de 1914, porque los de mulitas, dicho sea sin ofender a nadie, entraban por la huerta que era en aquellos tiempos y sigue siéndolo hasta nuestros días, de la familia Gallegos. También pasaban por la huerta de don Sergio Villalobos y por otra muy mentada entonces que era de "Los Tepocates", músicos muy populares, llamados así por lo prieto y lo chaparro, ascendientes nada menos que de nuestro nunca como se debe ponderado Felipe Liñán, el "Tigrillo" potosino. Eran los tiempos en que sonaban en Soledad muchos nombres de familias que suenan todavía, como los Campos, los Gallegos, los González, los Galarza, los Leura, los Medellín, los Miranda, los Tovías, los Leija, los Zamarrón, y sólo los Meza ya se oyen poco, aunque también tuvieron su época, y uno de los de ese nombre, Tata Chico Meza, sonó mucho, lo mismo en la historia que en la leyenda, porque como Díaz de Vivar, que vivió desde los tiempos de Sancho Segundo y Alfonso VI, ganó una batalla después de muerto y escribe todavía en *El Sol de San Luis*; también ya difunto realizó una hazaña que contaré con otro título en este mismo volumen, si antes no me "tuerzo", lo que espero en el Señor que no.

De esos antiguos tiempos, no los de Sancho y Alfonso, sino los de Tata Chico Meza, voy a contar una historia que puede parecer arcaica en estos tiempos en los que son materialistas hasta determinados camiones y en los que hasta los "chuchos" suben a las regiones etéreas, empujados por los rusos ateos, para que compitan con los alados angelitos de nuestra mitología cristiana.

El origen de la Villa de Soledad de los Ranchos es lo suficientemente conocido para que yo lo repita ahora, y cons-

te que me convendría hacerlo para presumir de sabihondo, con sólo repetir, palabra por palabra, lo que dicen al respecto don Primo Feliciano Velázquez, don Manuel Muro o don Nereo Rodríguez Barragán. Diré, no obstante, bajo mi palabra y propia responsabilidad, aunque no haya estado presente, que ese poblado no se formó, sino que lo formaron, a raíz de los tumultos originados en el descontento de los mineros del Cerro de San Pedro y la expulsión de los jesuítas, porque entonces los gachupines explotaban a los mineros poco más o menos como los gringos explotan en nuestros días a quienes trabajan en Morales, sin que ahora se haga el menor tumulto, pues antes de que se forme aplacan a los trabajadores en la Junta Federal de Conciliación o antes, si es posible, porque los señores líderes, como la amiguita de don Agustín Lara, se venden, y las ricas empresas mineras pueden comprarlos y pagarles largas horas de bla bla bla, para que duerman a sus congéneres. Así que en el tiempo de este relato, Soledad era como todos nuestros pequeños poblados: una iglesia rodeada por el caserío, con una calle real, que trae y que lleva, en cuyas extremidades hay sendos montones de basura que nadie sabe cómo se forman, pero que ahí están para que nadie los niegue tampoco, y en los que los burros, los cochinos y los perros, buscan su vida, hacen sus necesidades mayores y menores y hasta corren aventurillas de las que milagrosamente se reproducen.

No hay que olvidar que Soledad era el camino obligado para los mineros del Cerro de San Pedro, porque ahora, como cualquiera puede comprobarlo, se va uno por toda la calle de Manuel José Othón, entra por el paso inferior de los ferrocarriles y sigue derecho, sin tocar esa villa. También transitaban por ahí quienes se dirigían a Tampico, Ciudad del Maíz y puntos intermedios, como Villa Hidal-

go, que entonces eran muy importantes; así que la Calle Real, hoy de Hidalgo, era muy transitada, lo mismo por los mineros que por transeúntes de todas clases, principalmente arrieros que eran quienes, sin los malos modos de los ferrocarrileros y los choferes de hoy, hacían sus veces.

Y un día cualquiera, del que muy a gusto podría inventar la fecha exacta, pero que no lo hago porque no me gusta contar mentiras, don Gelasio Huerta y don Desiderio Méndez, dos muy buenos amigos originarios de la Sierra Gorda de Guanajuato, de por el rumbo de Jofre y de muy cerca del Rancho del Jardín, que ya pertenece al Estado de San Luis Potosí, salieron de la hacienda de La Pita, en la que estaban avecindados, con rumbo hacia el Cerro de San Pedro, con algunas cargas de quiote y mezcal, en penca y en líquido. Don Gelasio y don Desiderio trabajaban al jornal en La Pita y a veces en Pozos, La Saucedá o cualesquiera otro de los poblados, grandes, o pequeños, desperdigados en los valles de San Francisco y de Tangamanga, y cuando con motivo de la sequía u otra causa escaseaba el trabajo, conseguían bestias de pezuña y le entraban a la arriería, ocupación ésta que fue de las buenas años hacía, pero que ya por aquellos tiempos estaba en decadencia. El Cerro de San Pedro, por aquellos años, estaba en bonanza, así que trabajaba bien el tiro de Victoria y la carga extraída del cerro y socavón de El Barreno daba muy buena ley, de modo que se hacía una plaza muy animada y se hubiera vendido hasta caca, como en el tianguis de la gran Tenochtitlan, de acuerdo con lo que relata Bernal Díaz del Castillo; por eso don Desiderio y don Gelasio se dirigían allá, seguros de vender su mercancía con regulares utilidades, y sólo se detuvieron en San Luis para vender una carga de quiote y reponer aquella mercancía con otra de chucherías de buena demanda en el mineral.

Eran don Gelasio y don Desiderio unos hombres honrados y trabajadores que se entendían muy bien entre sí, aun sin hablarse, porque habían convivido tanto y tanto se parecía su carácter, que puede decirse que se comunicaban por telepatía, de tal manera que al aflorar sus pensamientos ya lo hacían en acciones, porque no necesitaban de palabras para ponerse de acuerdo. Desde el punto de vista de su conducta moral, pertenecían a esa clase de gente campesina de la que ya no quedan ejemplares ni en los museos, porque el comunismo hoy, como la revolución ayer y las ideas liberales antier, han venido echando a perder a esa clase social de nuestro México, tan mansa y tan temerosa de Dios, porque así la dejaron de blandita los latigazos de los conquistadores, los consejos de los padrecitos y la santísima Virgen de Guadalupe, con sus grandes y asombrosos milagros. Eran aquellas gentes muy respetuosas de los derechos ajenos y muy mensas para defender los propios, y tan creyentes y sencillas, que no sólo creían en la santa doctrina cristiana y católica, romana y apostólica, a lo que todos estamos obligados, sino también en las cosas de brujas y hechicerías, lo que es también razonable hasta científicamente, pues no se concibe al positivo sin el negativo, o sea, ya hablando con conocimiento de los últimos descubrimientos, al protón sin el electrón, y desde el punto de vista metafísico, el Bien y el Mal son necesarios para comprender a Dios y al Diablo. Don Desiderio y don Gelasio creían en ambos y hasta es posible que un poquito más en el Ultimo, porque le tenían un miedo horroroso, y está claro que de haber creído más en el Primero no le hubieran temido tanto al Otro.

Llegaron, pues, don Gelasio y don Desiderio a la entrada del poblado de Soledad y acamparon precisamente frente al gran montón de basura que indicaba su principio.

Eran como los 6.30 P.M., o sean las 18.30 Hs. de nuestros días, y era el tiempo en que por esa hora comienza a obscurer, así que se apresuraron a desmontar sus bestias. les arrimaron su ración de pastura e improvisaron para ellos, como sabían y acostumbraban hacerlo, sus pobres lechos, con las mantas y aparejos de los animales. Luego buscaron tenamaxtles e hicieron lumbre y sacaron de sus morrales los itacates que comenzaron a calentar, en unas brasas vivas y confortantes que entre tenamaxtle y tenamaxtle despedían un resplandor azulado, y ya las primaras gordas se posaban en el rescoldo, cuando un par de chiquillos descalzos, pringosos y visionudos, hembra y macho, con escasos cinco palmos ella, muy cerca de los seis él, se les acercaron haciendo dengues.

La chiquilla, muy vivaracha, bailando los ojos y con una sonrisita fácil y halagüena, dijo a don Gelasio:

—Oiga, señor, oiga, denos gorda.

Don Gelasio se hizo el sordo y se volvió hacia el cielo. Ahí las estrellas comenzaban a encenderse y un punto en el horizonte se coloreaba, preludiando la salida de una luna grandotota.

El chiquillo, a su vez, probó suerte con don Desiderio:

—Señor, oiga, señor, denos gorda.

Tampoco quiso oír don Desiderio, pero él no se volvió hacia arriba, sino hacia abajo, a la lumbre, donde volteó algunas gordas, ya calientes por un lado.

La niña, sin desanimarse por el primer fracaso, probó por segunda vez, ahora con un ofrecimiento a cambio:

—Oiga, señor, oiga, si nos da gorda le hacemos un chistecito.

Dijo y se volvió al chamaco, viéndolo pícaramente. Hizo éste un gesto de asentimiento y rieron los dos, con unas risas sanas y fáciles, mientras movían alegremente los ojos de color capulín, de un lado a otro, haciendo bizcos.

Entonces dijo don Gelasio:

—Bueno, si hacen el chistecito...

Y agregó don Desiderio, como un eco:

—Si hacen el chistecito...

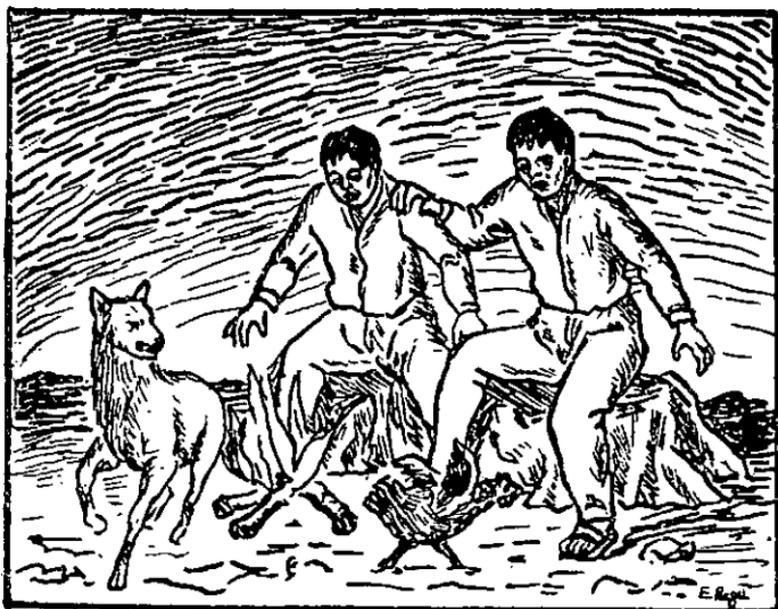
La verdad es que ni don Desiderio ni don Gelasio pensaron nunca negar un taco al par de mocosos. No se ven esas miserias entre los pobres, que si ven a otro pobre con hambre y tienen una tortilla, la parten, porque los une un sentimiento de solidaridad, posiblemente por instinto de conservación, porque conocen muy de cerca el hambre, el frío, la enfermedad y toda clase de necesidades y miserias para permanecer indiferentes ante esas calamidades. Sólo las clases ahítas y satisfechas son capaces de negar un taco y un rincón, porque no saben lo que es estar aterido y hambriento, y don Gelasio y don Desiderio, además de ser muy pobres eran cristianos, lo que para muchos es fácil decir, pero difícil de sostener. Por todo esto no habían pensado negar una tortilla a los chiquillos, pero hablaban tan poco que no contestaban, aunque ya estaban de acuerdo para dársela, tan pronto como se calentaran; pero ante el ofrecimiento de los chiquillos, esperaron el chistecito.

Rieron los mocosos, ahora con una risa juguetona y nerviosa, y comenzaron a correr, él tras élla, con un trotecito retozón, en derredor del gran montón de basura y pasando por enfrente del improvisado campamento de don Gelasio y don Desiderio. Poco a poco aceleraron el ritmo de la carrera y su aparición y desaparición a la vista de los arrieros se sucedía con más frecuencia, más y más, de tal manera que don Gelasio y don Desiderio se sintieron mareados y comenzaron a ver con asombro, con pasmo, con espanto, cómo la chiquilla iba tomando la forma de una gallina, asustada y cloqueando desesperada, mientras el chiquillo, a su vez, se transformaba en coyote y la perseguía feroz y encarnizadamente, lanzándole mordizcos y manotazos con tal furia, que cuando lograba alcanzarla le arrancaba manojos de plumas.

La luna, entera ya, grandotota, había salido e iluminaba el espectáculo espeluznante, que tenía como fondo musical los ladridos desesperados y furiosos de los perros del caserío, mientras don Gelasio y don Desiderio, paralizados de espanto, con el cuerpo chinito y los pelos de punta, veían a los chiquillos reintegrarse a su ser natural y volver hacia ellos con un trotecito suave. Ella, desgreñada toda; él, fatigado y todavía con mechones de la chiquilla enredados entre las uñas. Se les acercaron en aquellas fachas muy risueños, contentos y satisfechos, reclamando la gordita prometida.

Don Desiderio y don Gelasio dieron a los muchachos todas las gordas, cargaron sus animales y se fueron sin cenar, porque pensaron que si eso hacían los chiquillos, ¿qué no haría y que no podría esperarse de la gente grande de aquellas endemoniadas regiones?

Salieron más que de prisa, ateridos, asustados, cansados y silenciosos, mientras atrás quedaba el caserío con sus perros furiosos y ladradores y el misterio insondable de sus brujas, de sus espantos y de sus hechicerías...



AL CUIDADO DE JESUS MEDI-
NA ROMERO, Y EN LA EDITO-
RIAL UNIVERSITARIA POTOSINA
BAJO LA DIRECCION DEL MIS-
MO, SE IMPRIMIO ESTE FO-
LLETO DURANTE EL MES DE
AGOSTO DE 1959.

Títulos publicados en esta serie:

JORGE LUIS BORGES, por EMMA
SUSANA SPERATTI PIÑERO.

SIETE POEMAS de JOAQUÍN AN-
TONIO PEÑALOSA.

TRES CUENTOS de JESÚS C. PÉ-
REZ.

*En los próximos números apa-
recerán trabajos de:*

JUANA MELÉNDEZ DE ESPINOSA

JESÚS MEDINA ROMERO

JOSÉ C. ROSAS CANSINO

RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

